

SECCIÓN DE INFORMACIÓN
DEL EJÉRCITO DE TIERRA

BOLETIN DECENAL

B. 65



SUMARIO: LA SITUACIÓN MILITAR. *La batalla de Levante.*—MIRADOR INTERNACIONAL. *La política diplomática y la política militar de Inglaterra.*—LOS SERVICIOS EN LA GUERRA. *Nuestra Sanidad militar.*—MIRADOR HISTÓRICO. *Sobre la Infantería.*—EN LA ESPAÑA ITALOGERMANA. — LIBROS Y REVISTAS. «*La disciplina en los ejércitos franceses*», por el general Tanant.

REPÚBLICA



ESPAÑOLA

ESTADO MAYOR CENTRAL DEL
MINISTERIO DE DEFENSA NACIONAL

BOLETIN DECENAL

SECCION DE INFORMACION DEL ESTADO MAYOR DEL EJERCITO DE TIERRA

NÚMERO 33

10 DE JUNIO DE 1938

LA SITUACIÓN MILITAR

La batalla de Levante

La batalla de Levante que, con caracteres de dureza extremada, continúa en el momento de escribir estas líneas, ha tenido ya, como primer resultado práctico, el de acallar los clarines enemigos, cantores demasiado optimistas y prematuros de imposibles victorias decisivas, haciendo bajar el diapasón fanfarrón a los comunicados oficiales del pseudo-generalísimo y a los oficiosos de los verdaderos directores de la ofensiva, los Estados Mayores italiano y alemán. Unos y otros se ven forzados a reconocer más o menos explícitamente esta gran verdad: la consigna del Ministro de Defensa del Gobierno legítimo de España, expresión de la voluntad común, sintetizada en la palabra resistir, se ha realizado, repitiéndose, con las superficiales variantes derivadas del distinto lugar de acción, el aparente milagro de Madrid; perdida por el Ejército Español la batalla del Este en el espacio, las fuerzas republicanas ganan en el tiempo la batalla de Levante, que afirma ante el mundo democrático la voluntad indomable de existencia independiente y libre del pueblo español, su heroísmo legendario frente a los invasores y su séquito de traidores, marionetas cuyos hilos se hacen cada vez más visibles sobre el tablado internacional y algo además, muy digno de tenerse en cuenta en la solución posible del problema general, como factor preponderante del mismo: la capacidad organizadora de la España de hoy en los órdenes administrativo, industrial y específicamente militar. En este último aspecto, Levante es el definitivo mentís dado por nuestro Ejército a los paranoicos militares teutónicos, inventores y realizadores de la guerra totalitaria, teóricamente capaz de dominar a un país, en pocos días, por la brutalidad de los materiales de aire y tierra empleados en masa.

Los planes totalitarios han fallado en España. Levante lo afirma ante el mundo civilizado con su resistencia heroica. Esta resistencia no tiene un carácter puramente pasivo; no se limita a disputar el terreno palmo a palmo, sino que se traduce en continuos y enérgicos contraataques que sorprenden al enemigo y le someten a un desgaste tremendo.

Los propios facciosos tienen que reconocer estos hechos en sus informaciones por radio, en las cuales confiesan la tenaz resistencia y los contraataques vigorosos de nuestras tropas. No lo hacen, desde luego, por ser fieles a la verdad, de la que son los más encarnizados enemigos, sino por justificar ante su cansada retaguardia el aplazamiento indefinido de las fáciles y decisivas victorias que la habían prometido.

La conducta ejemplar de nuestro Ejército en el frente de Levante es reconocida igualmente por los cronistas de la prensa extranjera, los cuales destacan la indudable eficacia de la resistencia activa de nuestro frente levantino y sus repercusiones en todos los aspectos de nuestra lucha, tanto en el terreno nacional como en el internacional.

Al mismo tiempo que el heroísmo de nuestros soldados se pone de manifiesto en Levante la extraordinaria fortaleza de nuestra retaguardia, una retaguardia que, martirizada por los más salvajes bombardeos de la aviación invasora, se yergue con ánimo inabatable, prestando su cálido concurso a los esfuerzos de los que con las armas en la mano defienden la independencia de España.

En estas condiciones se está desarrollando la batalla de Levante. Nuestro Ejército está dando allí al mundo entero una magnífica lección militar. La defensiva elástica, que se apoya en el terreno como coraza y utiliza el contraataque con inteligencia y tesón, supone una inapreciable ganancia de tiempo que permite la puesta en marcha a máxima tensión de todos los recursos de retaguardia y la formación de nuevas reservas humanas y materiales. El muelle republicano no se rompe ante el machaqueo del martillo fascista. Cede a veces bajo la presión en sus primeros resortes, se comprime y... almacena, a costa de la energía enemiga, una fuerza en potencial que le permitirá un buen día distenderse y arrollar las cada vez más debilitadas legiones del moderno César de opereta.

A E

ARCHIVOS
ESTATALES

*MIRADOR INTERNACIONAL*La política diplomática y la política militar
de Inglaterra

En el primer plano de la política internacional aparece la Gran Bretaña enmascarada con su política diplomática que hoy lleva la marca de Mr. Chamberlain. De vez en cuando, y como explicación o apoyo a la interpretación de esta política, se alude al rearme británico, cuyo anuncio se hizo con un programa quinquenal de cifras fabulosas que produjeron sensación. La política militar es, en efecto, la explicación y algo más que la explicación de la política diplomática de un Estado. Empieza siendo una parte de ella, una consecuencia; pero a medida que se desarrolla, muestra por sí sola necesidades que, en buena política general, es preciso satisfacer. Si era una consecuencia se convierte en causa o por lo menos en motivo. La política militar llega a ser realmente el argumento que esgrime y explica la política diplomática.

El carácter rector de la política militar no se debe, naturalmente, —en los Estados bien regidos— a condiciones políticas y sociales del profesionalismo de las armas. Cuando semejantes condiciones se producen y hacen de los militares una casta dominante en el Estado, los militares rigen, desde luego, la política, pero esto no quiere decir que se ajusten y abran paso a una política militar, sino, por el contrario, lo que suele ocurrir en tal circunstancia — y de ello hemos tenido pruebas inolvidables los españoles — es que los militares desorbitados confunden las especies políticas y desconocen la acción rectora que la política militar llega por sus propios medios a ejercer en la diplomática, como también en la económica, sobre todo en la organización de las industrias.

La política militar consigue regir a la diplomática no por motivos políticos ni sociales, sino por motivos materiales. Los medios materiales de los ejércitos varían como los de la sociedad en tiempos de paz y plantean con nuevos datos, de modo distinto, los pro-

blemas de las relaciones exteriores. Sucede igual en la política política respecto de la política interior. Evidentemente no serían posibles las superdictaduras de hoy sin el telégrafo, el teléfono, la radio, la motorización, en suma, la concentración fácil de formidables medios materiales para regir a la sociedad ; pero no es este el tema del presente artículo, y quede sólo apuntado para situar normalmente, dentro de la esfera política, la acción de la política militar.

* * *

El triunfo de Inglaterra sobre Napoleón dió primacía en Europa a la política británica. Napoleón era el último nombre de la misma empresa de unificación de Europa, repetida—a lo largo de la historia—en Francia, en España, en Alemania, en Italia. Todas estas naciones, en su hora o en su sueño de triunfo europeo, habían querido llevar su imperio a Europa y al mundo. La Gran Bretaña ha querido hacer lo mismo ; pero la idea del imperio británico era de género distinto a la de la monarquía francesa, la del imperio de Carlos V o la del imperio de Carlomagno. El imperio británico, concebido en una isla, fué desde luego fundado como un continente aparte de Europa ; no estaba en la tierra, sino en el mar. No tenía nada de imperio ultramarino, colonial, en el sentido consecuente de más allá, de cola exótica, que han tenido los imperios coloniales arrastrados por los imperialismos terrestres. Lo colonial, lejos de ser una consecuencia, es el fundamento del imperialismo marítimo ; no estuvo más allá, sino que fué desde un principio lo concéntrico del imperio británico. La idea de tal imperio no puede ser arraigar, sino flotar, mantener el equilibrio. La política exterior del imperialismo británico exportó de su política interior e impuso a Europa esta idea. Y así, mientras la política británica ha tenido primacía en el continente, el juego diplomático de los Estados ha consistido en buscar o mantener el equilibrio europeo.

Napoleón quiso hacer Europa a imagen y semejanza de Francia. Melancólicamente, en la isla perdida que los ingleses habían convertido en su cárcel, pensaba que si su campaña de Rusia no hubiese fracasado, el europeo se hubiera sentido en su patria a orillas del Volga como en las márgenes del Sena. La Gran Bretaña, especialmente a partir de Disraeli, el iniciador de la política europea de los nacionalismos,

ha querido hacer Europa a imagen y semejanza del Imperio británico, maravilloso equilibrio de jerarquía y pueblos, de razas y naciones, de fuerzas contrapuestas y conjugadas. Lo ha conseguido sobre todo en esa época única de la historia de Europa que va de la guerra franco-prusiana a la gran guerra: cuarenta y tantos años de paz teórica tan sólidamente establecida que, por primera vez en el mundo, llegó a generalizarse la creencia de que se habían terminado las guerras. Las que continuaba habiendo —en las colonias, en los Balcanes— parecían rastros de costumbres bárbaras; no rompían el equilibrio de la vida. Hizo falta, para romperlo, que surgiera la renovada empresa de un imperio europeo, cristalizado, durante los cuarenta y tantos años de paz, sobre la unidad alemana.

La Gran Bretaña con sus aliados venció al Kaiser, como había vencido a Napoleón; y volvió a imperar en Europa la idea del equilibrio europeo, cada vez éste más difícil porque las fuerzas recargadas de las grandes potencias triunfantes resultaban más difíciles de equilibrar. Para facilitar, sin embargo, el equilibrio, la política británica y la francesa, con el tratado de Versalles y los otros tratados de paz, procuraron dar ambiente a más potencias nacionales, hacer posibles más combinaciones que neutralizaran la fuerza centrípeta alemana y la fuerza centrífuga rusa, tal como se veían entonces. La fórmula jurídica del nuevo equilibrio europeo se llamó Sociedad de Naciones.

Contra ella se levantan insatisfechos los Estados totalitarios que, pertrechados de nuevo y puestos al día, vienen a sostener en la política exterior, como en la interior, el pasado, la antigua empresa imperial de Europa; pero a esta empresa tantas veces frustrada no se aventura hoy un Estado solo sino en pareja con otro. Son dos los Estados que quieren imponer de acuerdo su imperio. Contradicción significativa. La antigua empresa imperial aparece partida por el eje Roma-Berlín. Examinando tan extraño caso podría descubrirse el papel histórico que parecen llamados a representar los Estados totalitarios. En el presente artículo cabe únicamente reconocer que, ante el renovado y doble propósito de dar a Europa un eje imperial, la Gran Bretaña continúa en busca del restablecimiento del anterior equilibrio europeo, considerando la nueva línea de fuerza como un elemento más de dicho equilibrio.

¿Con qué medios cuenta para lograrlo? La política militar tiene la palabra y va a dirigir a la política diplomática.

* * *

La marina, el arma propia de un imperialismo marítimo, opera desde lejos y desde fuera. No va derecha al corazón. Le oprime y le estruja como hizo la marina británica con el pueblo alemán hace todavía nada más que veinte años. A la Gran Bretaña no le ha hecho falta hasta ahora ejército de tierra. Ni con la gran guerra logró realmente tenerlo. Desde la batalla de Waterloo el ejército británico ha sido reorganizado solamente dos veces. Estaba destinado, como ha dicho mejor que nadie lord Balfour, a guarnecer los territorios imperiales y participar en operaciones anfibias a gran distancia». «La marina es nuestra principal defensa», había proclamado antes el mismo lord, como todos los ingleses. Semejante política militar sólo podía servir a la política diplomática de exportación del sistema de equilibrio en que se fundaba el Imperio Británico. El equilibrio se ve y se mantiene desde fuera.

Peró la política naval no basta ya ni para mantener el equilibrio interno de un imperio marítimo. Se ha inventado la guerra de tres dimensiones. Las fuerzas militares no se combaten ahora solamente en un plano. La guerra vertical no es únicamente terrestre con el avión ni marítima sólo por el hidroavión, sino también es marítima por el submarino. El imperio marítimo, plano y desperdigado, se encuentra bajo la amenaza de verticales de guerra. Todas las armas son pocas para las operaciones anfibias que necesita en su defensa. «El papel del ejército de tierra ha sido reconsiderado por el Gobierno teniendo en cuenta las circunstancias actuales», afirma el Secretario de Estado en la memoria con que ha presentado al Parlamento inglés el último presupuesto militar. La mayor proporción de gastos se refiere en este presupuesto a «Existencias de Guerra», destinándose 43.310,000 libras a armamentos modernos y municiones para los mismos; y de tal cantidad, la mayor parte, 23.720.000 libras para cañones y armas cortas. En el presupuesto anterior, para este mismo gasto se habían señalado 13.888,000 libras. No es preciso hacer más comparaciones ni señalar más cifras significativas para que se vea lo que quiere hacerse del ejército territorial inglés. Se quiere hacer de él sencillamente un ejército europeo. Y cuando la Gran Bretaña deje de tener un ejército colonial y tenga un ejército europeo, formará parte verdaderamente, será una parte de Europa.

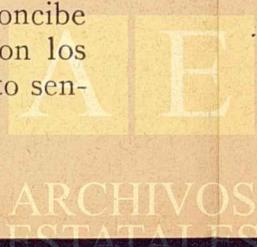
El ejército inglés va a ser el túnel bajo el canal de la Mancha de la diplomacia británica. La Gran Bretaña, como parte integrante de Europa, no podrá seguir la política de equilibrio desde fuera. Se considerará, como Francia, dentro de las fronteras de Checoslovaquia, de España o de quien sea. La transformación del Imperio británico, de marítimo en terrestre, debida sobre todo a haberse habilitado el aire para la guerra, está llamada a ser un acontecimiento europeo más importante que el de la unión de todos los alemanes con la escuela de los italianos.

LOS SERVICIOS EN LA GUERRA

Nuestra Sanidad Militar

La organización y el rendimiento de nuestra Sanidad Militar ha sido objeto de elogios por cuantos técnicos extranjeros la han estudiado. Pero lo importante de este servicio y lo que le da una perfecta solidez es que ha surgido, por decirlo así, de la nada. No se trata de un servicio ya existente que a medida de las circunstancias de la guerra se haya perfeccionado paulatinamente. Como todas las armas, cuerpos y servicios de nuestro Ejército, la Sanidad Militar se ha creado de abajo arriba. La guerra creó la necesidad y los encargados de llenarla se presentaron desde el primer momento. A su espíritu de sacrificio, a sus iniciativas y talento de organización se deben los diferentes servicios que hoy se prestan. La estructuración orgánica ha venido después, y aprovechó el caudal de experiencias obtenidas durante los primeros tiempos.

Lo que da a la Sanidad Militar de nuestro Ejército un carácter peculiar es el fundamental sentido humano de su orientación. El profano puede comprender inmediatamente que, según cuales sean las directrices generales del Servicio de Sanidad de un Ejército en campaña, el porcentaje de muertos y mutilados es mayor o es menor. Supuestos dos Servicios de una competencia equivalente, el Servicio que se proponga como fines el ahorro de medios de transporte; el ahorro de tiempo y dinero empleado en curas e intervenciones de resultado dudoso, dada su gravedad; el desembarazo rápido de las cargas que supone una recuperación lenta, etc., es evidente que, en éste, el resultado estadístico acusará un nivel de muertos y mutilados superior al que obtendrá otra Sanidad Militar organizada para efectuar, en todo caso, intervenciones precoces y guiada por el afán de atender primordialmente, y *rápidamente*, a los heridos graves, y de evitar amputaciones a costa de cuantos sacrificios en tiempo y dinero sean necesarios. En un caso, el sistema, con un criterio administrativo, concibe al combatiente como un instrumento que hay que conjugar con los demás instrumentos bélicos; el otro sistema tiene un fundamento sen-



timental, el combatiente es considerado como un fin, al servicio del cual se disponen todos los medios instrumentales y técnicos. Éste es el sistema de nuestra Sanidad Militar. La multiplicación de los Equipos Quirúrgicos avanzados, permanentes y móviles, obedece a esta intención.

Los resultados obtenidos responden plenamente a los propósitos. La protección del herido, mediante aplicación de sueros antitetánicos y antigangrenosos y la intervención precoz, disminuyen el porcentaje de muertos y mutilados. Durante la batalla de Teruel, nuestra Sanidad Militar tuvo repartidos en toda la línea 35 Equipos Quirúrgicos. La Sanidad del Ejército faccioso tenía uno. Ello significa que los heridos facciosos de primera urgencia, en su casi totalidad, tenían que ser evacuados, sin intervención, hasta Zaragoza. Otro hecho. La estadística de un servicio de Equipos Quirúrgicos leales arroja, sobre 3.500 heridos operados, sólo 11 casos de gangrena gaseosa, de los cuales sólo 4 perdieron la vida.

Paralelamente a la organización de los Servicios, nuestros médicos han desarrollado una importante labor de investigación científica. Se ha perfeccionado y se emplea sistemáticamente el procedimiento de extirpación precoz de las heridas, que empezó a emplearse a fines de la guerra europea. Se emplea asimismo el procedimiento de cura oclusiva de las fracturas, que tiene la ventaja de acortar los tiempos del proceso y disminuir la sensibilidad del herido. En casos de fractura de brazo se emplea el procedimiento de inmovilización precoz y escayolado. Asimismo da excelentes resultados el tratamiento de infecciones estreptocócicas y anaerobias por sulfamida. Se han hecho estudios importantes sobre trastornos tróficos por heladura, sobre choc traumático, y se ha empleado con resultados favorables la intervención quirúrgica del simpático. Gracias a la intervención prematura, nuestro nivel máximo de muertos por herida de vientre es inferior al nivel medio obtenido en la guerra europea.

Otra novedad importante lograda por nuestra Sanidad Militar en el Servicio de transfusión de sangre es el procedimiento de conservación y traslado de la sangre, cuyas ventajas son: que permite obtener la sangre de dadores alejados del sitio donde se aplica; que permite un empleo en masa y una aplicación fácil, que puede encargarse a personal no facultativo. Su transporte se efectúa en camiones frigoríficos especialmente contruídos. Este servicio, además, ha dado lugar a descubrimientos, interesantes para la antropología, sobre determinación de grupos sanguíneos en diversas zonas de nuestro suelo.

Estos descubrimientos sobre sangre han tenido ya alguna repercusión en el mundo de la ciencia como consecuencia de un Congreso sobre transfusión que se ha celebrado en París, y en el que nuestros investigadores presentaron los resultados obtenidos. La prevención con que al principio fueron acogidos se convirtió, después de las pruebas que se realizaron, en una plena adhesión al sistema, lo cual ha dado lugar a que la Sanidad Militar francesa y checoslovaca acudiera a la nuestra solicitando informaciones.

* * *

Sabido es que no todas las bajas que se producen en el Ejército lo son por heridas. El porcentaje de enfermos es importante siempre respecto al de heridos. La misión de los servicios de higiene, dentro de la Sanidad Militar, es evitar que aquel porcentaje sobrepase el nivel normal.

Los brotes epidémicos adquieren una gravedad mayor en el medio castrense, donde la propagación es más fácil y la defensa es menor. Al principio de nuestra guerra, y dadas las condiciones especiales en que se desarrolló, surgió en algunos ambientes internacionales el temor de una epidemia de tifus exantemático. Intervino la S. de N., se celebró una Conferencia internacional, fueron enviadas a España comisiones de expertos extranjeros. Se comprobó que las condiciones sanitarias de las milicias eran buenas, y hoy lo siguen siendo hasta el punto de que no se ha producido en toda la guerra un solo caso de tifus exantemático en nuestras filas. Ello constituye un verdadero record en Sanidad Militar. Los alemanes, durante la campaña en los Balkanes, vieron sus filas diezgadas por una epidemia de tifus exantemático que se propagó a divisiones enteras, obligando a un retroceso del frente que obligó a dejar como tierra de nadie una zona infectada de muchos kilómetros de profundidad.

Una epidemia que se considera inevitable en todas las guerras es el paludismo. A pesar de existir en España zonas endémicas de paludismo, la propagación se ha evitado en parte en nuestras filas, y un solo brote que se produjo hace tiempo, como consecuencia de una inundación, fué atajado rápidamente y no produjo ningún estrago. El rápido empleo de Pabellones Dockers (clínica-enfermería transportable) y la actuación sobre el terreno de los Equipos del Servicio

Epidemiológico, evitaron entonces la propagación y yugularon el brote epidémico. Un Equipo Anti-palúdico está compuesto por un médico Jefe, auxiliado por otro médico; un entomólogo, un grupo de soldados especializados en tomar muestras de sangre para los análisis y repartir quinina; un laboratorio y un servicio de desagües.

Contra la fiebre tifoidea el servicio de epidemiología sólo ha tenido que actuar en forma preventiva. Nuestros combatientes se vieron librados desde el principio de los grandes brotes epidémicos de fiebre tifoidea que diezmaron los ejércitos combatientes en los comienzos de la guerra europea. La actuación preventiva de nuestra Sanidad Militar consiste en la vacunación y en la depuración. Para la depuración (esterilización con cloro del agua previamente filtrada) existen numerosas potabilizadoras, instaladas en camiones, para el servicio móvil, y equipos fijos adscritos al escalón de Cuerpo de Ejército.

Completan el material sanitario de higiene y lucha epidemiológica: unas instalaciones portátiles de duchas de campaña; unos equipos de duchas instalados en remolques de camión, con un sistema de calefacción y 10 departamentos; un modelo de camión, asimismo para el servicio de duchas, con caldera de aceite pesado, que permite ducharse a 600 hombres por hora; y, finalmente, está en construcción un tren de despiojamiento, compuesto de tres unidades, la primera de las cuales es un vagón de lavado y secado de ropa por procedimiento mecánico; la segunda lleva la caldera y la sala de duchas y la tercera la cámara de cianhídrico, el depósito de agua y la peluquería.

MIRADOR HISTÓRICO

Sobre la Infantería

Aun cuando tengamos tanques, Aviación y otros medios modernos de combate, la Infantería seguirá siendo el arma fundamental del Ejército. Sin ella, ni los tanques, ni la Aviación, ni la Caballería, pueden decidir la suerte de una batalla, de una guerra.

La Infantería es el arma más antigua. En toda su larga historia la Infantería aparece como el arma fundamental del ejército, como el arma decisiva. Los grandes generales Alejandro de Macedonia, Aníbal, Julio César, consiguieron sus triunfos sobresalientes gracias a su potente Infantería. Durante la Edad Media, en la época feudal, la Infantería dejó de ser el arma primordial desplazada por los caballeros armados; pero éstos se bastan solamente para decidir en las pequeñas cuestiones y desde el momento en que se plantean conflictos de carácter nacional entre pueblos, la Infantería renace. Así la vemos resurgir en el siglo xiv bajo la forma de milicias belgas y en los cantones suizos, cuando belgas y suizos se lanzan a la lucha para abatir el despotismo feudal. En estas luchas empieza a tomar parte el pueblo armado, no sin que los caballeros opongan resistencia a los tejedores, a los pañeros, al herrero y curtidor de las ciudades belgas, como la nobleza borgoñesa y austríaca luchó contra los campesinos y pastores suizos.

Puede decirse que la Caballería tiene un altivo origen aristocrático, mientras que la Infantería arranca del mismo pueblo, es hija de las luchas populares.

Bien pronto la Infantería creó sus métodos propios de ataque, superando la táctica defensiva elemental de su primera época. Vuelve a ser otra vez en las guerras el arma fundamental. Napoleón así la consideraba. Con ella realizó sus campañas más afortunadas, infligiendo a sus enemigos grandes derrotas y elevando al mayor perfeccionamiento, en su época, las modalidades del ataque a base de In-

fantería. Haciendo el resumen de las guerras napoleónicas, decía Clausewitz que la Infantería representa el arma primordial en relación con las otras dos, Caballería y Artillería. Ya en el período histórico siguiente y en nuestros días, la Infantería continúa siendo en la guerra la fuerza decisiva.

Después de la guerra mundial, los teóricos militares fascistas, sin duda asustados por las conmociones que agitaban sus países, pretendieron negar la importancia militar de las masas de Infantería. El apologista de los ejércitos mecanizados, Fuller, el teórico del ejército del aire, Dohuet, y otros generales y jefes de la misma ideología insistían en quitar importancia a la Infantería, tratando de anularla como fuerza militar, considerándola como tropa de segunda categoría, con funciones de fuerzas de guarnición. Pero la realidad hace añicos, tanto en España como en China, teoría semejante. En España y en China la valerosa Infantería lucha con la técnica y contra la técnica, determinando, en fin de cuentas, el éxito de los combates. Los teóricos mencionados, no pueden comprender que, en una determinada etapa histórica, al desarrollarse en el pueblo el sentido popular de su lucha y su conciencia nacional, las guerras no pueden ser ya de las llamadas de gabinete. El pueblo mismo presta vida y fuerza a su arma específica: la Infantería. Si seguimos la historia de la evolución de la Infantería, podemos ver con qué rapidez ha cambiado su organización y su táctica, ya por lo que se refiere a los armamentos, como por lo que atañe al personal y al enlace con las otras armas, frente al enemigo. En su desarrollo han podido verse reflejadas claramente dos direcciones: la tendencia a declararse independiente y universal y la de actuar en una acción armónica de conjunto con las otras armas combatientes.

La tendencia a la universalidad, teniendo en cuenta la calidad del armamento, condujo a una cierta falta de homogeneidad, a una cierta incoherencia de la Infantería. Esta falta de homogeneidad se dibujó claramente ya en la antigüedad, en que la Infantería se dividía en dos ramas: una que participaba en escaramuzas o ligeros encuentros, dotada como estaba también de armamento tan ligero como la honda y el arco; otra parte se destinaba a luchas más intensas, a atacar formaciones con armamento adecuado, lanzas y espada. En la Edad Media este papel lo desempeñaron los llamados lanceros; sólo más tarde, a fines del siglo xvii, al inventarse el fusil, se puede ver convertida la Infantería en un arma por completo homogénea; pero el desarrollo posterior de la técnica militar obligó nuevamente a la In-

fantería a complicar su organización. Junto al soldado armado de fusil individual, aparecen grupos de soldados al servicio colectivo de un arma nueva: la ametralladora. La forma de lucha, cada vez más compleja, y el progreso incesante del armamento, obligan a la Infantería a incluir en su composición otros instrumentos de combate: morteros y cañones de pequeño calibre. Y con el cambio de armamento y organización, se impuso el cambio en los fines y cometido de las distintas partes del arma de Infantería. La Infantería pesada hace la preparación del ataque; la ligera, dotada de armamento individual, lo realiza.

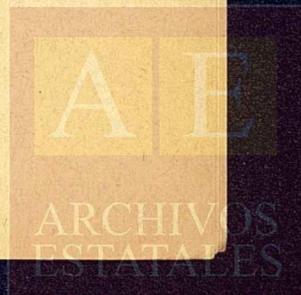
Sin embargo, el rendimiento de la Infantería estriba, no sólo en su independencia y movilidad, sino también en poder actuar armónicamente con las otras armas. En las primeras etapas de su desarrollo, su auxilio más próximo fué la Caballería, la que alguna vez solía desempeñar el papel de fuerza principal de choque. Al perfeccionarse los medios combativos pasó la Artillería a ser el auxiliar más inmediato de la Infantería. Hoy, ésta combate juntamente con los tanques y la Artillería, acción conjunta que halla su expresión creando unidades constituídas por tropas de todas clases, entre las cuales, como fuerza primordial, figura la Infantería. Pero lo complejo de las nuevas formas de lucha y la creciente necesidad de una colaboración estrecha, obligan a buscar nuevas formas de organización. Ya en algunos ejércitos se comienza a incluir secciones de Infantería en las unidades de Caballería y en las mecanizadas; lo que prueba la importancia que en la guerra moderna sigue teniendo la Infantería.

Al perseguir esta acción cada vez más armónica con otras armas, se refuerza al mismo tiempo la Infantería y perfeccionase a sí misma, utilizándose los avances de la técnica para facilitar sus propias acciones bélicas. Por eso, en la actualidad, la Infantería exige la motorización de su armamento, y para aumentar su movilidad, se convierte en Infantería motorizada. Con toda certeza puede afirmarse, sin incurrir en exageración, que el desarrollo futuro de las formas de acción bélica dependerá del avance en la motorización de la Infantería, como medio fundamental de maniobra de las grandes unidades militares, tanto dentro del campo de batalla como fuera de él.

En nuestra Infantería, como en las otras armas de nuestro Ejército, hay soldados ejemplares. Un hondo sentido moral, un gran deseo de saber y un fervor hacia su patria, causa de tantos heroísmos y abnegaciones, les hacen acreedores a ser dotados con cuanto de más perfecto hay en el orden de conocimiento militar y en los medios com-

bativos, para hacer frente a un problema bélico por complejo que éste sea.

La Infantería puede luchar con igual éxito en la ofensiva que en la defensiva. Los mayores éxitos se logran en las operaciones donde pueden aunarse ambos procedimientos, el de ataque y el de defensa. En la lucha actual adquieren una gran importancia el soldado aislado y los pequeños destacamentos independientes que actúan en retaguardia y sobre los flancos del enemigo. Combinados con estos destacamentos, los ataques decisivos se realizan a base de grandes masas. Por ello, en la preparación de la Infantería hay que prestar mucha atención a la instrucción individual del soldado. Es preciso enseñarle a actuar en combinación con fracciones aisladas de tropa y en medio de grandes grupos tácticos.



En la España italo-germana

La situación de la zona facciosa, reflejada en nuestras informaciones, presta una importancia cada vez mayor a nuestra propaganda en el campo enemigo, propaganda que se está intensificando, poniendo en ella todos los medios pertinentes para que no se malogre su efecto y con vistas a su máxima eficacia.

Para la realización de esta propaganda, esto es, para que los materiales destinados a esclarecer más aún entre los españoles de la zona facciosa la triste condición a que les ha reducido el fascismo y el sometimiento hacia los invasores de que hacen gala los gerifaltes de Burgos, se propaguen con la rapidez y extensión necesarias, es conveniente utilizar en los frentes todos los medios y todas las oportunidades que se presenten, estimulando incluso la iniciativa de nuestros combatientes. Una descubierta, por ejemplo, puede servir para dejar en el campo enemigo nuestros materiales, nuestra prensa, etc. Una honda, los medios más rudimentarios, pueden servir al mismo fin. Que nuestra verdad llegue incesantemente al otro lado y sirva para acelerar la descomposición del fascismo y acortar los plazos de nuestra victoria.

Prestando a esta labor toda la atención que merece, los resultados no se harán esperar, resultados que han de servirnos siempre de estímulo para proseguir la tarea, cuya eficacia será calibrada por los efectos que cause en el campo enemigo y no por el asombro o la curiosidad que susciten en el nuestro, cosa que, por halagadora que pudiera parecer, no reportaría más que perjuicios a lo fundamental.

Propaganda intensa, planificada, bien orientada y llevada a cabo con discreción que la haga eficaz: ésta es la que aconseja la situación actual del campo faccioso, situación que nuestros hechos y nuestras palabras irán agudizando.

Siguen registrándose hechos que reflejan el proceso de disgregación que corroe la zona facciosa. Después de los sucesos del fuerte de San Cristóbal, la prensa extranjera se ha hecho eco de incidentes y choques acaecidos en La Línea, Zaragoza, Málaga, Sevilla, Cádiz y otras poblaciones de la España invadida. Esta situación, agudizada según todas las informaciones en la región andaluza, ha determinado reuniones extraordinarias de los cabecillas rebeldes, en las cuales ha participado Queipo de Llano, llamado a Burgos y San Sebastián.

Por su parte, Martínez Anido, el nefasto general que desempeña el Ministerio de Orden Público, ha reunido en Valladolid a todos los Delegados que actúan a sus órdenes en las distintas regiones de la zona rebelde aplicando las medidas de represión feroz que de él emanan. Según una referencia oficiosa, Martínez Anido ha dado instrucciones a sus «colaboradores» para que procedan inexorablemente, sin miramiento alguno, contra quienes propalen rumores o actúen contra la unidad del fascismo.

Estas medidas de represión demuestran que la corriente de rebeldía contra los traidores y los invasores adquiere cada vez más fuerza. El cansancio por la prolongación de la guerra, la angustiosa situación económica, los atropellos de los ejércitos de invasión, el régimen de opresión establecido, son factores que actúan sobre las distintas capas sociales engendrando reacciones diversas pero que, en su conjunto, forman una cadena de obstáculos insuperables para el fascismo.

Las divergencias se ahondan entre los distintos núcleos facciosos y ello se refleja continuamente en los esfuerzos que realizan las plumas mercenarias de la prensa facciosa para defender y exaltar la unidad. Hace unos días un dirigente fascista, Juan José Pradera—hijo del fenecido político Víctor Pradera—pronunció un discurso para procurar la «conciliación» del ambiente político, abundante en disensiones. En este discurso dijo: «No tenemos derecho, ni siquiera en tertulias o en reuniones privadas, a promover cuestiones de desunión. Tenemos que servir ciegamente a Franco. Tenemos que servirle lealmente, sin permitir que vengan gentes de fuera a sembrar la cizaña entre nosotros. Y si en algún sitio se ha sembrado la cizaña, hay que echar al sembrador y quemar la mala hierba para que no fructifique.»

La hostilidad hacia los invasores determina igualmente en la prensa facciosa las más absurdas elucubraciones para tratar de justificar lo injustificable. Ejemplo típico de esto es un artículo aparecido en *Unidad*, de San Sebastián, en el que se dice: «Del mismo modo

que un cuerpo vivo tiene su nutrición fuera de sí mismo, una cultura necesita buscar alimento donde lo encuentre. Séneca era más que español, romano. Los españoles de Isabel y Fernando fueron a Italia bárbaros y volvieron capacitados para tareas de cultura. En libros alemanes aprendieron nuestros místicos su amoroso camino hacia Dios. Nuestra plástica tiene su raíz en Italia, y en Italia aprendió el propio Cervantes el arte de novelar. Por el contrario, la desconfianza del choque con lo ajeno es síntoma de vejez y estancamiento, y no sólo en el orden espiritual, sino en el político también.»

Tan ruines esfuerzos por tratar de convencer a los españoles de la zona facciosa de que deben aceptar el coloniaje bajo el pabellón italo-germano, lejos de conseguir su objeto, producen un efecto totalmente contrario y acrecientan la indignación y el asco de los sometidos.

Se ve bien claro en la zona facciosa que la dependencia de Franco con relación a Italia y a Alemania es absoluta y que esta dependencia implica el despojo de nuestro suelo y su utilización como base militar para agresiones contra otros pueblos. La llamada «jornada de solidaridad hispano-italiana», celebrada el día 29 en Roma, ha servido en realidad para poner una vez más de manifiesto esta servidumbre. Los periódicos facciosos han publicado largas informaciones plagadas de viles halagos a Mussolini y al Imperio romano y presentando a España como un futuro apéndice de éste.

Mientras tanto, los alemanes siguen extendiendo su garra sobre el territorio invadido, donde aceleran, especialmente en la región vasca, la realización de sus planes de preparación militar ante la posibilidad de una conflagración europea. Un indicio de sus actividades lo ofrece el gran número de aeródromos que han construído últimamente en distintos lugares del Norte.

Todas estas cosas no pasan inadvertidas, naturalmente, para los españoles de la zona facciosa. Y el odio a los invasores es como el aglutinante que va dando creciente solidez y empuje a la avalancha de descontento y rebeldía engendrados por el fascismo.

* * *

Las divisiones italianas que participan en la ofensiva rebelde de Aragón han sufrido cuantiosas pérdidas.

Oficialmente se fijan en 10.000 las bajas registradas por las tropas



ARCHIVOS
ESTATALES

de Mussolini. Y de ellas, más de 400 pertenecen a oficiales muertos.

Esto da idea del grave quebranto sufrido por los rebeldes a consecuencia de la resistencia republicana.

* * *

Estos días abundan en la prensa facciosa las esquelas de defunción de muchachos caídos en el frente, en especial de los que pertenecían a unidades de las Brigadas navarras.

La noticia de las numerosas bajas que sufren los facciosos repercute extraordinariamente en la situación moral de su retaguardia. Y ello, unido a los demás factores, contribuye a que el régimen franquista atraviese ahora uno de los momentos más críticos de la guerra.

LIBROS Y REVISTAS

“La disciplina en los Ejércitos franceses”

*Libro del general Tanant**(Lavauzelle y C.^a, Editores. - París, 1938)*

El libro del general francés Tanant, aunque se refiere exclusivamente a los Ejércitos de su país, es aplicable a todos los Ejércitos del mundo. Encierra una serie de lecciones históricas, que deben ser meditadas por los Estados Mayores y por los partidos políticos llamados a las responsabilidades de la gobernación. Y sobre todo en su primera parte, varios de sus capítulos parecen pensados y redactados, teniendo en cuenta los sucesos actuales de España.

Desde luego, no hay tal. Pero es que la Historia se repite. Causas análogas tienen como derivación fatal consecuencias análogas también. La Francia del antiguo régimen se asemeja, contemplada en la perspectiva histórica, a la España de la Monarquía Alfonsina, mucho más de lo que permite el tiempo que las separa. Y es que nuestra nación conservaba, como constitución interna, que decía Cánovas, supervivencias feudales. Y la República española, como la Convención francesa, ha tenido que enfrentarse con la realidad terrible de unas instituciones armadas que amenazaban las libertades populares y cuyos hombres más representativos no vacilaban en llamar al extranjero y excitarle a invadir su patria. Así como centenares de generales, jefes y oficiales del Ejército Real de Francia, todos con nobles pergaminos, huyeron a Coblenza y volvieron luego como exploradores o como furrieles de los prusianos de Brunswick, así los Franco, Queipo, Cabanellas, Varela, Solchaga, Moscardó, Aranda, etc., no titubearon un momento en vender España a alemanes e italianos, a cambio de una ayuda en hombres y material que les permitiese triunfar del pueblo, de ese pueblo que, casi inerme, desorganizado, desorien-

tado, les había vencido en las calles de Madrid, Barcelona, Málaga, Almería, Gijón, San Sebastián, Toledo, Guadalajara, Alcalá y otras ciudades.

Tanant describe la evolución del viejo Ejército de Francia, nutrido de mercenarios extranjeros, con una oficialidad en su mayoría aristócrata, desde que se fragmentó en medio de la tempestad revolucionaria, hasta que Carnot y su grupo de colaboradores estudiosos y enérgicos, lo reorganizaron fundiendo sus restos con los nuevos batallones de voluntarios y conscriptos. Aprovechóse de lo antiguo la minoría de oficiales de origen burgués y aun plebeyo, las clases, que dieron luego no pocos mariscales a Napoleón y algunos soldados veteranos. En realidad, todos estos elementos eran pueblo y democracia. De ahí que la aleación no tropezara con dificultades. Las célebres *medias brigadas* se formaron con un batallón de viejos y dos de jóvenes. Los primeros poseían la experiencia. Los segundos aportaban el entusiasmo. Pero no bastaba. La disciplina real, inspirada en la escuela federiquista, en la táctica prusiana de los Doce Tiempos, tan contraria al espíritu francés, tan aborrecida por soldados y subalternos, no podía subsistir después de las graves mudanzas de la Revolución. Había que reemplazarla por otra. Y hubo tres años de tanteos, de ensayos, de fracasos. Desde 1790 a 1793, la nación francesa estuvo prácticamente indefensa. ¿Que cómo logró un Valmy y un Jemmapes? Porque los prusianos y los austríacos, que no acababan de digerir Polonia, no supieron o quisieron atacar a fondo. Ambas victorias fueron milagrosas. Sobre todo la primera. Los coligados se odiaban. Y se quejaban de que los emigrados les habían hecho creer que Francia aborrecía al nuevo orden de cosas. Y retrocedieron. Y dieron así a sus adversarios el respiro que necesitaban para armarse de modo invencible.

En 1794 el Comité de Salvación Pública, el más activo, enérgico y fecundo gobierno que tuvo jamás Francia, había hecho surgir, del caos militar, catorce Ejércitos con buenos generales, con mandos excelentísimos, con cuadros de suboficiales de primer orden. Y esos catorce Ejércitos se habían fabricado una disciplina propia, especial, adecuada al carácter del pueblo de que habían salido y a las circunstancias que les rodeaban y condicionaban su actuación. Esa disciplina se componía de una mezcla bizarra de camaradería y autoridad, de severidad y blandura, de respeto y compañerismo. La iniciativa individual tenía ancho campo para manifestarse. Pero ese campo estaba,

rodeado por límites muy precisos, más allá de los cuales esperaba un castigo que no podía ser evitado ni siquiera con arrepentimientos heroicos.

Cada soldado, cada cabo, cada sargento sabía que nada le vedaba llegar a los altos puestos, que, como se decía entonces, llevaba en su mochila el bastón de mariscal.

Si la clase de los llamados *officiers de fortune*, es decir, no nobles, dió a Desaix, Doumartin, Clarke, Mac-Donald, Grouchy, Marmont, Drouot, Kellermann, Kleber, Moncey, Championnet, Sérurier, Scherer, Davoust, y sobre todo a Napoleón, la clase de subalternos elevó a las alturas del generalato y el mariscalado a Hoche, Marceau, Massena, Pichegru, Lefebvre, Victor, Augereau, Ney, Soult, Bernadotte y Murat, por citar solamente a los más célebres. Y aquellos hijos del pueblo vencían a los encopetados caudillos de las viejas monarquías europeas y hacían respetar y temer a la República francesa.

¡Singulares Ejércitos! Soult escribió, refiriéndose a los de 1795: «Jamás los Ejércitos fueron más obedientes y animados de mayor ardor; fué aquella la época de la guerra en que tuvo más virtud en las tropas.» Y Marmont: «Me encontraba dentro de una atmósfera luminosa. Todavía siento su calor y su presencia a los 54 años, como si fuera el primer día.» Y Gourion Saint Cyr: «Nuestras tropas no dejaban nada que desear en lo relativo a instrucción, bravura y disciplina.» Y el famoso sargento Tricasse, cuyas memorias son tan curiosas e instructivas, declaraba: «Ha sido la disciplina lo que ha hecho todos nuestros éxitos y lo que ha excitado la admiración de Europa.»

* * *

El general Tanant se queja repetidas veces en su libro de que la Constituyente, la Legislativa y aun la Convención desconfiaran de los generales de gran popularidad. Sin embargo, el ejemplo de Bonaparte prueba que esa desconfianza estaba justificada. La traición de Doumouriez, la huída de Lafayette, habían abierto muchos ojos. Es verdad que se cometían injusticias, de una de las cuales estuvo a punto de ser víctima el admirable Lázaro Hoche. Pero el cuidado de los revolucionarios por conseguir que el Ejército no se pretorianizara, para decirlo así, no significaba miopia mental, sino aguda visión del complejo problema planteado por la guerra. Robespierre, cuando se oponía a que se rompieran las hostilidades, en las postris-

merías del reinado de Luis XVI, daba como principal argumento el de que un general afortunado podría ser un peligro para las recién nacidas libertades de Francia. ¿Se equivocaba? El golpe de Estado que dió Napoleón a su regreso de Egipto, prueba lo contrario.

El libro del general Tanant es obra de un profesional rígido y con prejuicios. Por eso abundan razonamientos que no podemos admitir. Pero, sin embargo, es una contribución preciosa al estudio de problemas formidables, que estos días está resolviendo, con dolor y lágrimas, rodeada de peligros máximos, la República española.

